

cura párroco, en lugar de tomar para la suya por el camino más corto acompañaba al señor Segundo hasta la propia, y llamaba a la puerta para decir a la señora Fidela, su mujer, quien al ruido se asomaba al balcón, que había estado con el cura, como para tranquilizar y que ninguno de los vecinos, siempre al quite detrás de las cortinas, pensase mal. Y el cura, que tampoco tenía que dar explicaciones a nadie, continuaba hacia su casa por el camino más largo, después de dejar al señor Segundo en su casa de la plaza de Mecenás.

Hablaban en aquellas interminables noches, del cine. No había otra conversación entre los miembros del Ayuntamiento y las altas esferas atencinas, que eran quienes conocían de primera mano lo que estaba por venir. De lo que supondría para Atienza lo del cine. De la gente que llegaría... De los actores y actrices... De los supuestos beneficios que traería para la población...

Atienza conoció por vez primera lo que era el cine a comienzos de siglo. Cuando como novedad, por las ferias de San José, aparecían los ambulantes del cinematógrafo que en el Casino de la Unión, o en el del Obrero, o en cualquier plaza, proyectaban una cinta de diez o doce minutos de duración con escenas de ciudades o de animales, o espectáculos circenses, sin ningún sonido. Pero que llamaba la atención.

La primera ocasión en la que Atienza, y los atencinos, pudieron ver algo así como una película cinematográfica fue la tarde noche del 22 de marzo de 1907, cuando los cómicos de la legua instalaron su carpa en la plaza de San Juan.

El cine de verdad, casi que de verano, se conoció mucho tiempo después. Por la década de 1950 y los comienzos de 1960, cuando otros ambulantes del cinematógrafo, ya con películas de las de verdad, de esas que duran una o dos horas y cuentan una historia, recorrían los pueblos de Castilla y de Extremadura y Andalucía con su material en el carromato y, con la noche cerrada, tendida una enorme sábana, tal parecía, sobre el paredón de la casa de la tía Paula que daba a la plaza de San Gil, proyectaban una película en la que Antonio Molina, o Juanito Valderrama, o Carlos Gardel, hacían gorgoritos con la garganta y entusiasmaban a quienes los trataban de imitar en los días siguientes.

A aquel cine había que ir con la silla puesta, o sentarse en el